El milagro económico español (y sus carencias)

Por primera vez se salda una crisis con más empleo, sin arrastrarse por el estancamiento de los vecinos ni sufrir recortes sociales. Pero los graves problemas de la vivienda y la carestía de la vida deslustran la brillante gestión

XAVIER VIDAL-FOLCH, **19 NOV 2026 - 05:30 CET**

Bajo el Gobierno de coalición progresista de Pedro Sánchez, desde mitad de 2018 hasta hoy, la economía española ha registrado una de sus mejores fases en la democracia. Un balance que en el inmediato futuro costará superar, sobre todo en términos de crecimiento, empleo y saneamiento de las cuentas públicas: ojalá ocurra.

Es más, la doble legislatura desemboca en un milagro económico inigualado. Al menos si se relacionan sus resultados cuantitativos -algunos, solo superados por el doble mandato conservador de José María Aznar, sobre todo con Rodrigo Rato- con el número y la gravedad de las crisis internacionales que debió sortear. El impacto de las crisis asiática (1997), la de las puntocom (2000), el corralito argentino (2001) y otras menores fue bastante leve en este país.

Por el contrario, el mandato que ahora concluye encajó y superó los gravísimos perjuicios directos de la recesión por la pandemia de la covid, que paralizó durante meses la actividad (2020); la invasión de Ucrania por Rusia (2022), con su abismo energético; y la guerra de agresión de Donald Trump a Irán (febrero de 2026), sin olvidar su embestida arancelaria, que lo han empeorado.

En comparación doméstica, las presidencias a trazo grueso más expansivas fueron las de Felipe González, que amplió el tamaño de la economía española en 370.000 millones de euros (en casi 14 años y en números redondos). La aznarista, que lo hizo en 381.000 millones, y la de Pedro Sánchez/Nadia Calviño/Yolanda Díaz/Carlos Cuerpo, que las barrerá con 500.000 millones largos (a cierre de 2026, previsión); ambas, desplegadas en dos mandatos. Datos, estrictos datos.

Más aún. Los antecedentes destacados pudieron cabalgar sobre un ciclo europeo expansivo. Algo esencial, pues la Unión Europea (UE) es el aire que respiramos y la economía que forjamos: ahí donde radican nuestros principales clientes y proveedores, socios y competidores… con la actual venia de China. Así ocurrió en la etapa felipista,

coetánea con el fulgurante decenio de Jacques Delors (1985 a 1995). O parte de la conservadora, en el segundo lustro de los noventa, que balizó la convergencia para llegar al euro, al duplicarse el ritmo de actividad de la UE desde 1996 (alza del 1,92% del PIB) hasta el año 2000 (3,93%).

Con viento de proa, y jugando a la contra junto al conjunto del Sur continental, España se ha mostrado durante este último doble mandato (2018-2026), como la cara más dinámica, en crecimiento económico, de la UE. Particularmente en la actual legislatura: en el último cuatrienio, ha triplicado (más precisamente, ha multiplicado por 2,92) la trayectoria de la eurozona, una media (hasta final de octubre) del 2,5% del PIB español contra un promedio del 0,95% entre los 21 socios de la moneda única.

Esto supone un inédito acercamiento a la competitividad de las grandes economías alemana y francesa. Además, la economía pública ha saneado más sus finanzas en la última fase: la deuda española, que alcanzó su pico del 119% sobre el PIB en 2020 (por el esfuerzo fiscal frente a la covid), oscila ahora en torno al 101%, 18 puntos menos. En el mismo período, Francia superó su peor registro, el 114% en 2020, y aún lo ha empeorado hasta el 119% este octubre.

Por eso la prima de riesgo, o coste relativo del endeudamiento respecto a Alemania, se ha invertido. Francia la encareció triplicando sus 46 puntos básicos de 2018 hasta los 149 de este 18 de noviembre. España la dividió por dos, desde 118 a 57 puntos. Lo que fortalece su estabilidad ante un eventual ciclo recesivo mundial.

Francia capota, por su mala cabeza que le catapultó a rebajar impuestos, en los cálculos de sospechas de inversores y mercados. Mientras el final del mandato del Gobierno de coalición es el primero que cumple el límite del déficit anual del 2% del PIB, con la única salvedad anterior del período conservador 1996-2004 (0,11%). Que venga Adam Smith y vea el mundo al revés. Datos inesquivables.

Pero no solo con crecimiento se labra la vida del ciudadano. También con empleo. Y en esto, los hechos también arrasan. En los primeros años de la democracia, de 1977 a 1982, apenas se superó la media de 10 millones de empleados cotizantes en la Seguridad Social, el registro más seguro. Hasta 1996 no se alcanzaron los 12 millones. Ahora son 22,6 millones.

Hasta 2007, no se superaron los 19,5 millones. Con Felipe González ya se generaron 3,1 millones de puestos nuevos; con Rato/Aznar en el surf de la bonanza europea fueron 4,7 millones más; con Mariano Rajoy, pese a la poscrisis de 2011, 1,8 millones; con el sedicente pérfido sanchismo, entre tormentas mundiales, el doble: 3,6 millones de afiliados más.

En adiós respetuoso, recordemos a la ministra popular Fátima Báñez: "La mejor política social es crear empleo", dijo. Acampar en la tienda de los parados sempiternos era la gran exclusión. Ya no.

El actual milagro diluye tabúes. Es la primera vez que saldamos una crisis con más puestos de trabajo, y no con menos. No importamos el estancamiento económico de los vecinos. No sufrimos políticas austeritarias y recortes sociales. La expansión contribuye a la consolidación fiscal. No reduce la productividad por hora trabajada, sino que la aumenta, a ritmo lento, pero que duplica el del último mandato anterior, del 0,5% hasta 2019 al 1% en 2025 (primer informe del Consejo de Productividad de España, 2025).

Pero es cierto que la vivienda y el coste de la vida son las principales carencias de ese milagro económico y las causantes del punzante malestar social. Pese al fuego graneado de políticas sociales, el alza del empleo, los aumentos del salario mínimo interprofesional (SMI) en un 66%, el ingreso mínimo vital y la revalorización de las pensiones, la redistribución de los frutos del crecimiento se revela todavía insuficiente. En parte porque el crecimiento de la población reduce la renta per cápita; porque ese aumento multiplica las necesidades sociales y de infraestructuras; y porque la inversión tecnológica va lenta en relación, por ejemplo, con la inmobiliaria.

También es verdad que la vivienda se ha encarecido en Europa de 2018 a 2026, aunque a menor ritmo (hasta un 50%, frente al 70% en España) y que la competencia sobre este asunto es compartida: autonomías y municipios disponen de vara alta y exhiben cosecha escasa.

Y que la inflación española este año crece al 4,9%, nueve décimas más que en la eurozona: lógico, porque su PIB crece mucho más. Pero sobre todo por la repercusión sobre el precio de la energía de la guerra contra Irán. Y ojo al el efecto óptico de un solo ejercicio. En el

cuatrienio 2023-2026, el IPC medio europeo y el español van siendo equivalentes, ambos cerca del 3,5% anual.

Esperemos que la próxima legislatura mantenga el listón alcanzado. Y apostemos a que diluya estos graves problemas. Que los reduzca a meros asuntos.